

“Es una suerte nacer mujer”. Entrevista con Ágnes Heller. México, D.F. Abril de 1980

“I am so lucky to be born a woman”. Interview with Agnes Heller. Mexico DF.
April 1980

Mary Nash y Yolanda Marco

Universidad de Barcelona
Universidad de Panamá
nash@ub.edu

Recibido el 2 de abril de 2015.
Aceptado el 21 de septiembre de 2015.
BIBLID [1134-6396(2015)22:2; 415-227]

Hace 35 años, en abril de 1980, la filósofa, pensadora crítica y feminista Ágnes Heller participó en el Congreso “La mujer y el trabajo” organizado por un núcleo de feministas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la División de Estudios de Postgrado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Mary Nash, entonces una joven profesora en la Universidad de Barcelona, y Yolanda Marco, responsable de producción de la editorial Fontamara, que más tarde publicará parte de la obra de Ágnes Heller, aprovecharon su participación en el Congreso para realizar una entrevista a esta notable figura de la disidencia marxista, eminente académica, feminista y pensadora crítica. Entonces Heller tenía 51 años y nosotras, las dos entrevistadoras, éramos jóvenes investigadoras. Nos interesaba en aquel momento su experiencia de vida como mujer e intelectual mientras la misma Ágnes Heller nos afirmaba “vemos el mundo a través de nuestros problemas, a través de nuestras experiencias de vida. Si lo expresamos en términos abstractos o en formas más concretas no importa realmente”.

Nuestra entrevista aporta las reflexiones de Ágnes Heller sobre temas como su independencia económica ganada durante la Segunda Guerra Mundial, el impacto del hecho de ser mujer, la integración de su perfil de madre y mujer profesional, la priorización entre reflexionar sobre si misma o sobre su trabajo, el pensamiento abstracto y la experiencia vital, la política y los retos de su trayectoria de vida hace 35 años. Anticipándose a planteamientos filosóficos posteriores, nos advertía entonces que nunca encontraba “una contradicción entre la emocionalidad y la racionalidad y, justo al contrario, pienso que la

emocionalidad hace avanzar el pensamiento racional”. Nuestra conversación nunca llegó a publicarse y hace unos meses Mary Nash lo redescubrió entre sus papeles y propuso su publicación a la revista *Arenal*.

El congreso “La mujer y el trabajo” celebrado en México DF en abril de 1980 fue uno de los foros académicos feministas pioneros de dimensión internacional. Con Ágnes Heller participaron en este evento mujeres de diversos países: María Antonieta Macciocchi y Rita Anna Armeni (Italia), Jacqueline Heinen (Suiza), Rolande Trempe (Francia), Mary Nash y Yolanda Marco (España), Esther Ordaz (Venezuela) y una variada representación mexicana: Lourdes Arizpe, Heather Dashner, Marta Lamas, Susana Vidales, Lucinda Nava, Pilar Calvo, María Novaro, y el grupo feminista La Revuelta. Yolanda Marco presentó ponencias en torno al feminismo: “Del feminismo de Flora Tristán al de Alexandra Kollontai” y “Del feminismo utópico al feminismo científico” mientras Mary Nash presentó temas relacionados con su tesis doctoral con las ponencias “El anarquismo y la liberación de la mujer” y “La problemática de la mujer y la izquierda española”.

Las ponencias en su conjunto reflejan las preocupaciones del feminismo de finales de la década de los 1970, una larga etapa de auge del movimiento de liberación de las mujeres y de debates públicos en torno al feminismo y las mujeres. Presentaban una amplia gama de problemáticas relacionadas con el trabajo de las mujeres: el derecho al trabajo; las mujeres y el sindicalismo; el hostigamiento sexual en el trabajo; el trabajo y la reproducción de la fuerza de trabajo; la situación de las mujeres trabajadoras; el movimiento obrero y la organización de las mujeres; la familia, la conciencia y la división emocional del trabajo; las mujeres campesinas. También se aportaron varias disertaciones sobre la historia de los movimientos feministas históricos y el de los años setenta y su relación con los partidos de la izquierda del momento. Atraieron la atención de manera especial algunos de los debates más candentes dentro del movimiento feminista de la época como la doble militancia (en organizaciones autónomas de mujeres y en partidos de izquierda), la pertinencia de la organización autónoma de las mujeres, el papel de la familia, el carácter del trabajo doméstico no remunerado y los diferentes posicionamientos en torno a estos temas del feminismo socialista-marxista y del entonces denominado feminismo radical.

Ágnes Heller impartió dos conferencias en el Congreso: “La división emocional del trabajo” y “Antinomias del profesionalismo desde el punto de vista de la vida emocional femenina”. Ella había nacido en Budapest en 1929. Procedía de una familia judía y su padre murió en el campo de concentración de Auschwitz durante la Segunda Guerra Mundial pero ella misma y su madre se salvaron. Estudió en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Budapest, y abandonó su opción inicial de física y química para dedicarse a la filosofía y al marxismo. De 1955 a 1958 fue ayudante del distinguido intelectual György

Lukács, de quien había sido alumna, y desde entonces hasta 1970 trabajó en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de esta misma ciudad.

Heller es considerada la representante más significativa de la Escuela de Budapest, formada por un grupo de intelectuales marxistas disidentes que fueron expulsados del partido comunista y apartados de la vida científica oficial al oponerse a la invasión de su país por las tropas soviéticas en 1956. György Márkus, Mihály Vajda, Ferenc Fehér, María Márkus y András Hegedüs son los más destacados junto a Ágnes Heller. Finalmente fue expulsada del país junto a su marido, Ferenc Fehér. Ya fuera de Hungría, trabajó en la universidad australiana La Trobe y, posteriormente, en *The New School for Social Research* de Nueva York, ocupando la posición de profesora en la que estuvo Hannah Arendt.

Sus intereses la orientaron hacia el estudio de la vida cotidiana, que considera un fenómeno universal fundamento de la existencia y la reproducción social, el espacio privilegiado en la vida de las mujeres y el ámbito donde se materializan las actividades del presente y del pasado. Otro tema recurrente en su obra es la crítica a los sistemas sociales de Europa oriental, las “sociedades de tipo soviético”, partiendo de la discusión de la filosofía de la historia determinista y la teoría de la alienación de Marx y en este contexto cobra especial importancia el concepto de la “dictadura sobre las necesidades”. La reflexión sobre la vida cotidiana, en la que transcurre parte muy importante de la vida de las mujeres y la suya propia, es uno de sus temas predilectos, de ella afirma que *no está “fuera” de la historia, sino en el “centro” del acontecer histórico: es la verdadera “esencia” de la sustancia social*¹. Respecto a los valores en la historia sostiene:

Ni un solo valor conquistado por la humanidad se pierde de modo absoluto; ha habido, hay resurrección y la habrá siempre. Yo llamaría a esto la “invencibilidad de la sustancia humana”, la cual no puede sucumbir sino con la humanidad misma. Mientras haya humanidad, mientras haya historia, habrá también desarrollo axiológico².

La obra de Ágnes Heller empezó a ser conocida en castellano en la década de los años setenta cuando se publicó *Historia y vida cotidiana: aportación a la sociología marxista* (Grijalbo, 1972), seguida de una parte de su producción literaria: *Hipótesis para una teoría marxista de los valores* (Grijalbo, 1973), *Sociología de la vida cotidiana* (Península, 1977) y *Teoría de las necesidades en Marx* (Península, 1978). Su obra fue mucho más difundida en las dos décadas siguientes. Entre sus obras destacan: *El hombre del Renacimiento*

1. HELLER, Ágnes: *Historia y vida cotidiana*. Barcelona, Grijalbo, 1972, p. 42.

2. *Ibidem*. pp. 30-31.

(Península, 1980), *Por una filosofía radical* (Península, 1980), *Instinto, agresividad y carácter* (Península, 1980), *Para cambiar la vida* (Crítica, 1981), *La revolución de la vida cotidiana* (Península, 1982), *Teoría de la historia* (Fontamara, 1982), *Aristóteles y el mundo antiguo* (Península, 1983), *Teoría de los sentimientos* (Fontamara, 1989), *Historia y futuro: ¿sobrevivirá la modernidad?* (Península, 1991), *El péndulo de la modernidad: Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo* (coautoría con Ferenc Fehér) (Península, 1994), *A theory of modernity* (Blackwell Publishers, 1999). Sus últimos trabajos tratan sobre la estética: *The Concept of The Beautiful* (1998), *Time Is Out of Joint* (2002), e *Immortal Comedy* (2005).

Durante la entrevista, Ágnes Heller nos regaló su libro *Para cambiar la vida*, que acababa de publicarse en Italia, fruto de la entrevista que le hizo Ferdinando Adornato, en el que se refería al debate sobre la crisis del marxismo y las posibilidades del socialismo, a los movimientos de 1968, a los jóvenes y al movimiento feminista. Entonces dejó clara su identidad como mujer al afirmar:

Me he esforzado mucho para no seguir los roles masculinos, pero en verdad no he tenido necesidad de estar muy atenta a esto porque me hubiera resultado muy difícil. Siempre he tenido la impresión de que los hombres son un poquito demasiado serios y decentes, que se mantienen un poco demasiado distantes de la naturaleza; ellos tienen poco sentido para las soluciones sencillas, por lo tanto creo que estoy, en cierto sentido, de acuerdo con Sartre cuando sostiene que todos los hombres son un poco ridículos³.

Pensadora transgresora, intelectual sin fronteras, su obra ha evolucionado de manera significativa desde 1980. Sin embargo estimamos de gran interés conocer sus reflexiones sobre la experiencia de vida y su trayectoria intelectual en esta época de su vida. Por esto, queremos compartir este fragmento de memoria perdida y de inquietudes feministas de hace unas décadas.

* * *

3. HELLER, Ágnes: *Per cambiare la vita*. Roma, Editori Reuniti, 1980, p. 233 (traducción propia).

PREGUNTA (P).—Ágnes, en primer lugar y antes de formularte preguntas, nos gustaría que tú nos relatares cómo ha sido tu experiencia de emancipación, cómo has llegado a ser lo que se podría denominar “una mujer emancipada”, cuáles han sido los problemas a los que te has tenido que enfrentar a lo largo de tu vida en tres aspectos fundamentales: en tu profesión, en tu vida familiar y en la política.

ÁGNES HELLER (A.H.).—Antes que nada he de decir que fui una niña con mucha suerte. Muy pocas niñas han tenido tanta suerte como yo. Primero, porque mi padre era feminista, creía realmente que las mujeres son iguales a los hombres y deseaba muchísimo tener una hija para poder demostrar esto al mundo. Él me habló de todos los problemas de las relaciones entre los sexos, llegó a decirme incluso que no debía nunca creer que las mujeres no disfrutaban sexualmente, que nunca debería escuchar semejantes opiniones. Por otra parte, tuve también la suerte de tener una tía-abuela y una tía feministas. Sin embargo, las experiencias de mi tía-abuela y de mi tía en tanto que feministas eran inquietantes para mí en algunos aspectos porque ambas pertenecían a este tipo de feministas varoniles, que querían ser como hombres. Muy pronto me di cuenta de que si bien yo quería ser una mujer emancipada no podía parecerme a ellas porque mi carácter o, si quieres, mi disposición emocional, era diferente. Yo no podía comportarme, no puedo, como ellas. Estaba bastante confusa. Y fue justo en aquellos momentos cuando leí un libro que fue muy importante para mí, era la biografía de Madame Curie escrita por su hija. Este libro ilustró toda mi vida porque, según su hija, Madame Curie era una gran científica y, al mismo tiempo, madre de dos hijos, era mujer y no renunciaba a ello, y a la vez una de las mejores científicas del siglo XIX. Ejerció una gran influencia en mí: me di cuenta de que podía ser quizás al mismo tiempo ambas cosas, hacer algo en una profesión pero al mismo tiempo ser una mujer sin necesidad de renunciar a mi identidad —así que lo que explicaba en mi ponencia es mi experiencia real, de mi primera juventud. Cuando leí este libro tenía casi doce años y me seguí sintiendo igual durante unos años, siempre quise ser una profesional y, al mismo tiempo, ser lo que realmente soy, una mujer.

Mis relaciones con los hombres eran muy difíciles y siempre había oído consejos como que cuando un hombre me hablase tenía que escapar o llamar a la policía. Pero durante mucho tiempo, cuando los chavales se metían conmigo, yo no sabía qué hacer y no podía escapar, hasta que un día les pregunté por qué se metían conmigo y me quedé muy sorprendida al ver que ante la pregunta escapaban ellos y no yo. No podían contestar a una pregunta tan racional. Nunca habían oído a una chica haciendo preguntas así. Posteriormente ocurrió que llegamos a tener buenas charlas con estos chicos, sobre películas y libros, y nos separamos como buenos amigos. Llegué a la conclusión de que los chavales se comportaban de esta manera con las chicas seguramente

porque se suponía que tenían que comportarse de esta manera, y porque no se les confrontaba con un tipo de actitud diferente de parte de las muchachas, un tipo de actitud racional.

He de decir también que el hecho de haber vivido lo experiencia de la segunda guerra mundial fue una gran suerte para mí. No era una suerte vivir en un país en guerra, ni ser perseguida por ser judía, ni que por este hecho estuviera en permanente peligro mi vida. Pero, esta condición muy desventajosa y que pudiera haberme costado la vida tenía por otra parte, sus ventajas, la mayor quizá que conquisté mucha independencia. Tuve que ganarme la vida porque mi padre no volvió de la deportación y mi madre no podía ganar dinero. Tuve que salir a la calle y empecé a vender cosas a los soldados rusos, perfumes, cigarrillos y cosas por el estilo. Aprendí que a los quince años podía mantener a mi familia, que podía ganar dinero cuando quisiera. Mantuve a mi madre, con quien quedé sola todo este tiempo. Así, esta desventaja inicial pasó a ser una ventaja a este respecto.

De nuevo tuve mucha suerte al encontrar en la universidad a György Lukács. Yo quería estudiar química, pero fui a una conferencia de Lukács y en seguida me hice devota de la filosofía. También Lukács era feminista y estaba muy contento de tener una mujer dotada entre sus estudiantes, realmente promovió mi educación y el cultivo de mi mente y de mi intelecto, de todo. Por tanto, me ayudó mucho no sólo como profesor —porque como profesor ayudaba a todo el mundo— sino, sobre todo en este caso, porque estaba muy contento de probar que una mujer podía pensar tan bien como un hombre. Os puedo decir que en este momento nunca sentí que mi posición fuera desventajosa. Más tarde sí que lo sentí, sentí mucho que los hombres tienen ventajas en su profesión y en otros muchos aspectos de la vida. Pero ¿sabes? creo que mis experiencias tempranas me formaron un carácter muy fuerte y al tener que enfrentarme más tarde con grandes problemas, la fuerza tranquila, la convicción de que tenía razón y de que “los perros pueden ladrar pero tú haces lo que quieres hacer” era muy fuerte, tan fuerte en mí que nadie en absoluto podía hacerme cambiar, ni siquiera mis amigas. Y mis amigas siempre me decían “mira Ágnes —éste es mi nombre en húngaro—, nunca te casarás, nunca tendrás hijos porque no te interesa el matrimonio y no te importan los chicos”, pero yo estaba muy segura de mí misma, lo que me decían no era importante porque yo tenía mi trabajo y hacia mi trabajo y ¡claro que no era verdad!

Quisiera volver de nuevo atrás en el tiempo y explicar que en mi familia el sexo era muy importante. Aunque mi padre era uno de los hombres más dotados y con más talento, uno de los hombres más inteligentes que he conocido, era el hombre más anti-competitivo que jamás he conocido. Decía que él no quería tener éxito en una sociedad de este tipo porque despreció siempre este tipo de sociedad. Por otra parte, mi madre era y es —porque todavía vive— la persona

más ágil que he conocido; trabajaba todo el día, fregaba, era tan activa que no puedo... Nunca he conocido una mujer tan activa en mi vida, incluso cuando tenía ochenta años trabajaba la jornada entera como administrativa. Así, el cambio en los roles sexuales dentro de mi familia fue muy importante para mí.

P.— Nos parece, Ágnes, que básicamente has narrado los aspectos más positivos de tu evolución. Has apuntado una serie de problemas. ¿Podrías explicarnos más cómo y cuáles fueron las dificultades a que te enfrentaste?

A.H.— Ahora contestaré a vuestras preguntas. Desde luego, cuando empecé mi vida académica me encontré enfrentada a los problemas de las mujeres porque mis colegas normalmente me consideraban una mujer y, desde luego, muchos de ellos un ser inferior. Y no pensaron realmente que yo pudiera hacer algo que ellos consideraran importante en la vida profesional. Mi primer marido —incluso él mismo— estaba muy convencido de que yo era una chica muy interesante pero que él era la verdadera cabeza de la familia. Él tenía el cerebro y yo solo tenía que repetir lo que me decía. Yo, con mis propias posibilidades, no podría hacer nada, nada en absoluto. Cuando se dio cuenta de que este no era el caso, se puso muy agresivo, una agresividad muy profunda de su parte; me empezó a decir que nada de lo que yo había escrito estaba bien, que no podía en absoluto llevar bien un seminario en la universidad y, más tarde, no, no quiero explicarlo porque es demasiado personal... Siempre sentí que no podía hacer nada yo sola pero estaba convencida en mí misma de qué no me interesaba lo que él decía. Empecé a no explicarle ni a discutir mis problemas profesionales con él, porque sabía realmente que él se equivocaba y yo tenía razón. No quería dejarme influir por su actitud agresiva y lo sentía mucho. Cuando nació mi hija puedo decir que este hecho no cambió nada en absoluto mis intereses profesionales; amé a mi hija muchísimo, sigo amándola ahora. Mi vida se hizo más difícil porque entonces era profesora en la universidad, donde trabajaba todo el día. Además era muy joven. Daba de mamar a mi hija y corría a la universidad porque tenía que examinar a los estudiantes, de vuelta otra vez a la casa para darle de comer, de vuelta de nuevo a la Universidad... y así todo el día. Naturalmente era una tensión muy fuerte y sentía mucha ansiedad cuando preguntaba a mis estudiantes y, en el fondo de mi mente, me preguntaba lo que pasaba con mi hija porque tenía que dejarla sola en casa. Era muy difícil pero nunca abandoné ninguno de mis intereses ni trabajos profesionales ni por un momento. Quería combinar ambas cosas, lo que significaba que tenía que trabajar muy duramente, más duramente de lo que trabaja otra gente: tuve que trabajar más duramente que los hombres. Pero una vez leí que es una suerte nacer pobre porque los pobres tienen que luchar más para ganarse la vida y hacerse algo. Así, pienso que es una suerte nacer mujer porque tenemos que hacer un esfuerzo más grande que los hombres para lograr algo en la vida, y este esfuerzo mayor realmente compensa.

P.— ¿No crees Ágnes que quizá este esfuerzo mayor puede desarrollar un mayor sentido de la competitividad; te consideras tú una mujer competitiva?

A.H.— Definitivamente, no. Nunca he sido ni soy competitiva. Me parece que es suficiente hacer lo que podemos hacer, y hacer nuestro trabajo. Y es el trabajo el que tiene que hablar por sí mismo. Siempre he aborrecido la competitividad contra las personas y nunca he actuado motivada por este sentimiento. Nunca he sido competitiva.

P.— Nos interesa mucho conocer en detalle la evolución y desarrollo de tu formación intelectual. En general, éste es un aspecto muy complejo de la emancipación femenina: las mujeres, en nuestra evolución intelectual, nos enfrentamos a dos tipos de problemas: el primero, la inclinación a priorizar las cuestiones de orden afectivo, creándose —de forma aparente al menos— una contradicción entre nuestra vida afectiva y nuestro pensamiento abstracto. En segundo lugar, nuestra inserción en la cultura es en una cultura de hombres. Nos encontramos situadas fuera del lenguaje, de los intereses, del método científico creado por ellos. Tenemos pues este doble handicap frente al desarrollo intelectual. ¿Qué piensas tú al respecto, cómo fue tu desarrollo intelectual?

A.H.— Realmente yo nunca me he preguntado lo que era capaz de hacer, nunca me he interesado demasiado en las emociones que han formado mi intelecto ni viceversa, porque quizá nunca me he interesado demasiado por mí misma. Lo que me interesaba era mi trabajo, el trabajo era el problema que yo quería comprender. Los interrogantes sobre el trabajo eran los que yo quería resolver. Así, yo me he orientado hacia la comprensión del trabajo y no a comprenderme a mí misma ni a hacerme preguntas sobre mis capacidades o mis habilidades porque me parece que tanto los hombres como las mujeres tienen que dirigir sus mayores capacidades a los problemas del trabajo, a plantearse interrogantes e intentar resolverlos. Esto es muy importante y, en nuestra época, hay problemas enormes a los que nos tenemos que enfrentar, y no pensar en nosotros mismos y en nuestras capacidades y habilidades, ni en si somos hombres o mujeres o lo que sea. Y por eso es que realmente no me he planteado este problema. Yo quería saber cosas y resolver problemas y no me planteé nunca si pensaba en términos abstractos; no reflexioné en torno a esto ni en por qué no lo hice. En todo caso, me parece que en muchas cosas la expresión abstracta es un buen tipo de expresión para las mujeres porque muchas de las expresiones difieren de muchas de las ciencias sociales, ciencias naturales; porque la filosofía es siempre algún tipo de autobiografía. Todos los filósofos escribieron, de una u otra manera, cuando empezaron a comprender el mundo en términos filosóficos, escribieron su propia autobiografía. Pero si nosotras, las mujeres, empezamos a pensar en términos filosóficos hacemos lo mismo: escribimos y reescribimos desde distintos

aspectos cuando empezamos a comprender el mundo. Cuando empezamos a leer los filósofos del mundo siempre escribimos y continuamos escribiendo nuestra biografía para expresarnos a nosotras mismas, para expresar nuestros problemas. Porque vemos el mundo a través de nuestros problemas, a través de nuestras experiencias de vida. Si lo expresamos en términos abstractos o en formas más concretas no importa realmente. En todo caso, si me preguntas sobre mi experiencia con los estudiantes, nunca me había dado cuenta de que los chicos tenían mayor capacidad de abstracción que las chicas. Sé que en la literatura feminista moderna es una concepción básica que las mujeres tienen una mayor sensibilidad para lo concreto y los hombres mayor interés y habilidad en trabajar en el nivel de abstracción. Yo nunca he experimentado esta diferencia; me parece que individuos diferentes tienen enfoques diferentes de un problema, pero nunca me había dado cuenta de que estas diferencias se podían definir según el sexo. He tenido muchas alumnas que tienen una alta capacidad para la abstracción filosófica y muchos alumnos que analizan un problema muy concretamente pero nunca alcanzan el nivel abstracto, y esto varía según las individualidades, al menos en mi comprensión y mi experiencia de vida; no sólo de mi propia vida sino de la vida de mis alumnos. No veo la relevancia de esta distinción. En todo caso, sí puedo contar algo que está relacionado con este problema en lo siguiente: las chicas quizá tengan menos talento, dotes o habilidades para la abstracción, pero sus abstracciones siempre están vinculadas a la experiencia cotidiana. Relacionan sus abstracciones a su experiencia cotidiana, aplican sus abstracciones a problemas de la vida, mientras que los chicos trabajan en el nivel de la misma abstracción. Ellos a menudo no relacionan sus abstracciones a los problemas de la vida cotidiana o a la experiencia cotidiana. Quizá los chicos u hombres tienen una mayor afinidad para trabajar en el marco de un sistema categórico masculino, esto es, comprenden el sistema categórico y trabajan en el sistema categórico como si fuera la vida misma; mientras que las chicas que aplican el sistema categórico siempre quieren averiguar lo que estas categorías realmente significan, cómo estas categorías se pueden referir a la vida, cuál es el sentido concreto del marco teórico en el cual trabajan, qué relevancia tiene con la vida. Quizá esta diferencia existe realmente entre chicos y chicas, pero no tiene nada que ver con el pensamiento abstracto, con la ausencia de pensamiento abstracto; sí con el hecho de trabajar dentro del marco de un sistema categórico sólo o si se relaciona el sistema categórico con nuestra vida real y con nuestra experiencia de vida. Según mi experiencia, esto no puede considerarse como una diferencia real entre el pensamiento real de chicos y chicas, y, si puedo volver a mi propio trabajo, a mí siempre me han interesado muchísimo las experiencias de vida y siempre dentro de sistemas categóricos. Cuando aprendí el sistema categórico, quise enterarme de lo que había detrás de la palabra,

de lo que hay detrás de la categoría, de si realmente significa algo o si no significa nada en absoluto.

P.— Pensamos que el mismo tipo de problemas que se plantean a la mujer en el campo del pensamiento abstracto se le plantean respecto al pensamiento y a la acción política. La mayoría de las mujeres, en los años sesenta sobre todo, empezaron a relacionarse con la política a través de los hombres. ¿Qué piensas de esto, cómo fue tu relación con la política?

A.H.— No pienso que las mujeres se relacionen con la política solamente a través de los hombres o dominadas por las ideas de los hombres, porque las mujeres tienen sus propias experiencias políticas, sus experiencias sociales, y quieren expresarlas en términos políticos también. Pero quizá se puede establecer la misma diferencia de la que hablaba antes entre las actitudes intelectuales generales de chicos y chicas, de hombres y mujeres, a la política también. Muchos hombres se preocupan a menudo por un marco inter-político, un sistema de ideas en la política, y trabajan en este marco y no lo relacionan con la vida, no quieren enterarse de si su estructura, la estructura política, de ideas, realmente tiene algo que ver con la vida o si es solamente una ideología. La mayoría de las veces, o como mínimo con más frecuencia —no siempre, pero con mayor frecuencia—, las mujeres quieren deshacerse del marco de ideologías autosuficientes. Puede ser que realmente, o como mínimo muy a menudo, viven en una vida imaginaria de concepción política, así os puedo contar la siguiente experiencia de la época estalinista: siempre leíamos en el periódico cómo el nivel de vida mejoraba en un día, pero las mujeres no se dejaban engañar porque iban a la tienda; no sólo habían leído sobre la vida en el diario, también tenían que comprar pan pero no podían comprar pan porque no había en las tiendas. Tenían que comprar carne pero no podían porque no había en las tiendas. Así, tenían que comparar la ideología que leían en el diario con la vida cotidiana que experimentaban; eran muy escépticas en torno a las ideas expresadas en el diario porque no se conformaban con su experiencia de vida. Esto ocurrió muy raramente o como mínimo no tan raramente pero con menos frecuencia con los hombres porque los hombres creían más en la palabra escrita. Querían creerla y eran muy reacios a comparar la ideología con la realidad, pero sólo es una tendencia general porque, desde luego, habían hombres que comprobaban la ideología con la realidad y habían mujeres que no lo hicieron, así, sólo hablo de lo que era más frecuente en ambos sexos y era más frecuente que las mujeres comparasen la ideología con la realidad que los hombres.

P.— Tú eres madre de una chica y de un chico. ¿Cómo viviste la maternidad, en qué manera el hecho de estar embarazada, de cuidar de tus hijos y educarlos influyó en tu trabajo y en tu vida, en tu pensamiento en general?

A.H.— Siempre he querido tener hijos y estoy muy feliz de tener dos hijos. Una de las felicidades más grandes de mi vida son esos hijos míos, y me parece que una de las mejores experiencias, no sólo para las mujeres, para mujeres y hombres, para ambos, es tener hijos, verles desarrollarse desde la infancia hasta la adolescencia. Lo he experimentado dos veces, era y es una de las... ¡quiero volver a insistir, una de las mejores experiencias de mi vida! No niego que exigen mucho trabajo, los niños a menudo están enfermos, mis hijos realmente estaban enfermos a menudo ya en principio, pensé que siempre era muy duro trabajar con un niño pequeño y, desde luego, tenía mucho que hacer: cuidar de él. Pero ni por un minuto pensé que se trataba de ningún tipo de sacrificio por mi parte, porque no lo era. Yo quería que estuvieran cómodos y estar con ellos, y esto era una relación mutua porque no es sólo dar, es recibir, es realmente una relación mutua porque recibimos de nuestros hijos tanto si no más de lo que les damos. Por eso me sorprendí mucho cuando leí en una entrevista a Simone de Beauvoir que ella decía que nunca había conocido una madre que realmente hubiera disfrutado con sus hijos. Para mí eso es una difamación totalmente falsa y realmente no puedo comprender esta posición. Por otra parte, os puedo decir que no, que nunca en mi vida me he encontrado ningún conflicto entre mi trabajo y el cuidado de mis hijos; lo logré de alguna manera. Cuando mi hijo tenía medio año estaba en casa, yo me levantaba temprano por la mañana, preparaba la comida para todo el día y después, a las once, me sentaba y trabajaba en mi libro. Cada dos horas iba a su pequeño cuarto, jugaba con él y volvía a mi trabajo. Era muy buen niño, me dejaba trabajar, era muy tranquilo, así vivíamos juntos, era una buena simbiosis y nunca me sentí estorbada o dificultada en mi trabajo por culpa de mis hijos; no podría ni pensar en ello. Sería una estupidez enorme por mi parte pensar que podía haber algún conflicto por el hecho de ser una madre y, digamos, una mujer profesional. Cuando otras mujeres decían que sentían esta contradicción, contestaba que yo nunca la había sentido. Para mí ambas cosas estaban juntas. En todo caso la experiencia de la maternidad, la experiencia de la educación de mis hijos la podía aplicar a la filosofía, porque puedo aplicar todo a la filosofía. Esto es una experiencia que pertenece a nuestras vidas y no se puede vivir una vida incompleta y, como todas las demás experiencias, la experiencia de la maternidad es muy importante también para nuestra filosofía, al menos para mi filosofía. Así, me ayudó, nunca me impidió nada, aunque sí me dio mucho trabajo, pero eso es otra cuestión.

P.— Por lo que explicas, tu vida de madre y tu trabajo intelectual constituyen un todo integrado, en ambos hay aspectos sentimentales y racionales al parecer. Partiendo de esta experiencia y de esta opinión tuya ¿crees tú que existe una contradicción entre la vida emotiva y sentimental y el pensamiento racional?

A.H.— Me parece que la racionalidad y la emotividad no son contradictorias, porque nuestro pensamiento es un tipo de pensamiento emocional. Todos los tipos de pensamiento humano implican diferentes tipos de emociones. Sin ser emocional no se podría pensar de forma racional porque el ímpetu, la motivación por nuestro pensamiento, viene de la emoción. El interés en el trabajo, el interés en resolver problemas es una emoción en sí mismo. Es una tendencia; puede ser incluso una tendencia. Así, me parece que las habilidades cognitivas y emocionales no se pueden dividir las unas de las otras ni en el hombre ni en la mujer porque van unidas. Una persona fría no puede conseguir nada, nada importante en la vida sin el amor y sin amor, sin simpatía y sin empatía no puedes devenir ni el recipiente de una filosofía ni el filósofo. Nunca encuentro una contradicción entre la emocionalidad y la racionalidad y, justo al contrario, pienso que la emocionalidad hace avanzar el pensamiento racional. Hay, desde luego, algunos tipos de pautas que son contradictorias con respecto al pensamiento racional: el enojo, si estás muy enojado, no permite resolver ningún problema, no solamente en el caso de la filosofía: si quieres abrir una puerta con la llave y no se puede y te enfadas, no resolverás el problema. Hay algún tipo de afectos que te impiden resolver problemas emocionales pero éstos no son las emociones más importantes porque las emociones más importantes son las emociones interpersonales. Y las emociones interpersonales implican el afecto por los problemas de los humanos, y los problemas humanos pueden resolverse y se tienen que resolver de forma racional. Por lo tanto, en lo que se refiere a las emociones más importantes, no veo estas contradicciones.

P.— ¿A qué se debe, en tu opinión, que tu experiencia emancipadora, que podríamos calificar como “emancipación sin traumas, sin lucha”, muy parecida por otra parte a la de mujeres como Simone de Beauvoir o Rossana Rossanda, sea tan distinta al complejo proceso que sufrimos las mujeres desde los años sesenta?

A.H.— Sé que estáis de acuerdo porque tenéis una experiencia común y, según vuestra expresión, yo comparto una experiencia común con Simone de Beauvoir. Yo no puedo contestar la pregunta porque no sé por qué nuestras experiencias de vida son tan diferentes en este aspecto. No puedo contestar la pregunta. Quizá la explicación sea que nosotras pertenecemos a la generación de la guerra, quizá porque como mujeres jóvenes nos encontramos frente a grandes catástrofes sociales. Quizá lo que os digo es que las grandes desventajas pueden convertirse en ventajas, en último término. Habéis tenido más ventajas que nosotras y por eso tenéis muchas desventajas; ésta puede ser la única explicación. ¿Qué es si no la miseria humana a la que nos tenemos que enfrentar? Hay que sentir la simpatía constante con otros seres humanos y una necesidad constante de tener esto y de preocuparte de

ellos e interesarte por ellos, y me parece que las generaciones de la guerra tienen justamente esta experiencia. Tales catástrofes no tendrían que ocurrir otra vez, a pesar de que un gran impacto en nuestra vida política vino de la guerra, porque entramos en la política, porque nos interesó la política. Por esto es por lo que seguramente no entramos en la política a través de los hombres, porque pasamos una guerra mundial y pasamos este sufrimiento y esto nos hizo entrar en la política. No tuvimos la necesidad de los hombres o su motivación, y esto constituyó una gran diferencia. Es muy interesante lo que me habéis explicado sobre esta experiencia común, vuestra experiencia de vida en vuestros países, cómo sentís. Quiero preguntarle a mi hija, tiene veintiséis años, vuestra edad: Quiero preguntarle sobre su experiencia, si ve que hay conflicto entre su emocionalidad y su racionalidad porque realmente nunca me lo había planteado.

P.— Ágnes ¿te consideras una idealista, una romántica?

A.H.— Sí que tengo una visión idealista de la vida, quizá sí soy demasiado optimista sobre la naturaleza humana. Ya lo sé muy bien y siempre me encuentro enfrentada al escepticismo de los hombres. Por otra parte soy muy sentimental. Cuando me emociono a veces lloro y este sentimentalismo o lo que llamáis romanticismo forma parte de mi carácter, no lo niego.